

JUEGOS FLORALES DE NARRATIVA 2010 Acta del jurado

El jurado de los Juegos Florales de Narrativa 2010 *Un Vicio Absurdo*, conformado por Alejandro Sustí y José Güich, junto con el coordinador Jorge Eslava, se reunió el 20 de septiembre de ese año, y, luego de considerar los sesenta y nueve trabajos presentados y de una detenida deliberación, decidió otorgar los premios a los siguientes cuentos:

- **Primer puesto**
"Adioses", de Camilo Torres
- **Segundo puesto**
"Teta veleta", de César Ricardo Nieri Rojas
- **Menciones honrosas**
"Lectura básica del ajedrez de Borges", de Rodolfo Alejandro De la Riva Cachay
"Luna de leche", de Ernesto Carlos Groppo Rivasplata
"Unos de los tantos 'unos' días de Kevin Gunther", de Olney Enzo Goin del Río
"El columpio de mi parque", de Jonathan Medina Espinal
"El Astronauta", de Gino Telly Amoretti Álvarez

ADIOSSES Camilo Torres

*No recuerdo quién escribió, ni dónde,
"La otra gran aventura son los libros".*
Bioy Casares

Aquella noche llovieron cucarachas sobre mi cama y maldita la gana que tengo hoy de hacer realismo mágico. Vivía con mi madre en un cuarto muy pequeño con puerta de calle y mi cama de fierro estaba contra la pared, bajo una ventana marquesa que no se había abierto en ochenta años, pero cuyas ventanillas en la parte superior, que abría con un palo, dejaban pasar algún hálito de alivio para el calor húmedo. Esa noche empezaba la primavera y, como todos los años, pude reconocer su llegada no por el resurgir de un sentimiento amoroso, ni por el revivir de las rosas ni por una experiencia dionisiaca del mundo, sino por las cucarachas que puntualmente cada doce meses salían del desagüe, trepaban la vetusta ventana de madera y se arrojaban sobre mi cama en plena medianoche.

Ese año fueron siete las intrépidas y cuando sentí su urgente presencia en mi cama quise prender la luz y me di con que había, como tantas noches aquellos años, un apagón. Alguna torre de electricidad dinamitada por los senderistas u otra incalculable acción de guerra y yo tuve que perseguir siete cucarachas grandes como habanos con un fósforo titubeante que parecía no querer comprometerse en la batalla, porque las velas estaban caras y escaseaban, hasta que a las dos horas, con cinco piezas cobradas y las maldiciones de mi madre sobre mi cabeza, hice un armisticio con las sobrevivientes y decidí que, por esa noche, podíamos pernoctar juntos y en paz. Al menos eso creí yo, que nada sabía del destino.

A las tres de la madrugada, más o menos, se encendió la luz sobre mi cara y recordé que no había oprimido de nuevo el interruptor cuando intenté encenderlo. De inmediato, o al menos eso me pareció en mi somnolencia, la cuadra se llenó de voces, de pasos de gigantes, de chillidos y de culatazos en las puertas. Casi me rompen la mía antes de que la abra porque mi mamá buscó sus mejores andrajos para recibir a las visitas.